

P E R S I O Y S U S A T I R A

AULO Persio Flaco, el poeta latino tachado por muchos de oscuro, de bárbaro y aun de mal escritor, e incoherente en su lenguaje poético, nació el año 34 de nuestra era en Volterra, antigua población etrusca, en medio de una familia del orden ecuestre y del más rancio linaje entre las italianas. Quedó huérfano de padre a los seis años, y su madre, Fulvia Sisena, se casó luégo con un caballero romano llamado Fusio, que a poco murió dejando a la viuda con su hijo, el cual estudió en su villa natal hasta los 12 años, para pasar después a Roma, donde el gramático Remio Palemón y el retórico Virginio Flaco, hijo aquél de un esclavo mancillado con toda clase de vicios, según Suetonio, pero cautivador por el raro don de su elocuencia y por una memoria prodigiosa, facilísimo improvisador como Estacio, y el otro, de quien nada se sabe, fallecido en tiempo de Trajano, dirigieron sus primeras letras.

El mal gusto dominaba entonces las latinas, y como tanto Remio Palemón como Virgilio Flaco estaban contagiados de él, no es extraño que Persio hubiera seguido por esas sendas. Fue discípulo también de Cornuto, quien le presentó al joven Lucano, que tanto admiró a Persio, y conoció mucho después a Séneca y cultivó una cariñosísima amistad con Petio Tráseas, cuya virtud debió de influir en su vida y costumbres, pues las tenía muy ajustadas a la moral, siendo, según sus biógrafos, de un pudor casi virginal, e hijo, hermano y sobrino amantísimo. Condición que en él era tanto más amable y notoria cuanto campeaba en una faz bien agestada que llamaba la atención de los que le miraban. Murió en todo su vigor y lozanía a los veintiocho años, bajo el reinado de Nerón, y dejando heredero de su biblioteca y su fortuna a su amigo Cornuto, que aceptó solamente los libros y regaló la herencia a la hermana del poeta.

Sus versos fueron publicados por el gentil y oficioso amigo, con extraordinario éxito editorial.

Persio es el autor más difícil de toda la literatura latina, enigmático muchas veces, podríamos decir nebuloso, con un estilo en ocasiones áspero y pesado y con un lenguaje que no recoge las mejores voces de un pasado esplendor, sino las propias suyas, algunas de su propia cosecha, pues no fueron aducidas por ningún otro de los auto-

res latinos. No se le puede tildar, como lo hizo sin razón Nisard, de falto de ideas, pues las tiene muy altas por cierto, como lo puede observar quien lea sus sátiras, en las cuales, si no se halla la sal con que adobaron las suyas Lucilio y Horacio, se ve a un escritor de extraordinario talento que, a una edad tan temprana, dejó seis admirables que bien justifican el juicio crítico de Quintiliano, juez de toda excepción: *Multum et verae gloriae, quamvis uno libro, Persius meruit.* (*Inst. Orat. X, 1*). “Mucha y verdadera gloria, aunque con un solo libro, mereció Persio”.

Y al criticar este concepto de Quintiliano anduvo también injusto el mismo Nisard, pues si Persio vive en las letras latinas no es debido a bondad del preceptista español, sino a su mérito intrínseco de escritor que luchaba en un medio adverso al desinteresado culto del arte, encanto y presea de una edad anterior, y cuando pudo decir con verdad y no sin cierta melancolía: “¿Quién leerá estas cosas? —¿Es a mí a quien eso dices? —Nadie, por vida de Hércules. Nadie. A lo menos dos...”

Quis leget haec? Min, tu istud ais? Nemo, Hercule, Nemo!
(*Sat. I*).

¡Había presenciado tantas cosas en Roma! La vanidad y locura de los hombres, su falta de seso, la hinchazón y vana creencia de su valor en algunos poetas y oradores, crímenes, vergüenzas y bajezas increíbles. “Pues en Roma, ¿quién no...? ¡Ah, si me fuera dado hablar...!”

Nam Romae quis non...? Ah, si fas dicere...!
(*Sat. I*).

Iba a decir algunas verdades, no obstante que no tenía la solera intelectual de otros poetas, como lo confesaba humildemente llamándose *semi-rústico* —*semipaganus*— que se veía compelido a llegarse al templo de las Musas por la necesidad del vientre, maestro del arte y dador del ingenio, para seguir como artífice las palabras que le fueron negadas,

Magister artis, ingenique largitor
Venter, negatas artifex sequi voces,
(*Sat. I*).

así como lo había dicho antes Horacio:

Paupertas impulit audax
Ut versus facerem...
(*Hor. Lib. II, epist. II, 51*).

¿Y habían de estimarse más que sus versos los de Nerón, que había ordenado por un edicto que fuesen dictados a los alumnos en las escuelas, y tenerse como cosa de poco más o menos los de Persio, en vez de dictarse a cien rizados estudiantes?

Tun' cirratorum centum dictata fuisse
Pro nihilo pendas?
(*Pera. Sat. I*).

Justo era, pues, que en el calor de la orgía, o entre las copas, celebrasen los hijos de Rómulo las cosas narradas en sus divinos poemas.

*Ecce inter pocula quaerunt
Romulidae satiri quid dia poemata narrent.
(Ibid.)*

En los cuales se burla el poeta de algunos temas e insípidas ficciones como la de una Filis, una Hipsipila, que hacen estallar en aplausos a los que han oído las recitaciones de los oradores, o de la opinión que alguien espera de sus versos, cual si ellos hubiesen de correr en número cadenciosos y flúidos, y tan tersos, que su unión desafiaría la uña más severa, *ut per leve severos effundat junctura unguis*, o como dice Horacio:

*Praeseptum decies non castigavit ad unguem.
(Ara poet, 338).*

Búrlase igualmente Persio de quienes se lanzaron al campo de la epopeya sin alientos para embocar la trompa de Homero o de Virgilio. ¿Qué mucho, pues, que mal aconsejados los adolescentes por sus padres en la elección de temas para los cantos épicos, hubiera invadido la lengua del Lacio una cáfila de palabras que la deshonoran?

*Hos pueris monitus patres infundere lippos
Quum videas, quaerisne unde haec sartago loquendi
Venerit in linguas? unde istud dedecus, in quo
Trossulus exsultat tibi per subsellia levis?*

Así va el poeta haciendo objeto de su sátira a otros que afectaban tener el *os magna sonaturum*, sin razón alguna. Versos podrían escribirse semejantes a los mejores, si existiera en nosotros alguna vena del vigor paterno.

*Haec fierent, si testiculi vena ulla paterni
Viveret in nobis?*

Pero como no se encontrasen grandes literatos entre los hombres de entonces, y sí lagartos que se apoderaban del estadio de las letras, no había más recurso que hacerse de la vista gorda y empezar a saludar grandezas tomándolos a todos por seres maravillosos.

Nil moror. Euge, omnes bene mirae eritis res!

“No tardo en reconocerlo. Vamos, que todos vosotros, todos sois seres maravillosos”. En esto procedía Persio muy de acuerdo con el sagaz Horacio.

En la sátira 2ª relata los votos y peticiones que se hacen a los dioses para obtener los bienes que se desean, que siempre son materiales, sin cuidarnos de otros más altos que deberían ser objeto de nuestras aspiraciones para no merecer el dictado de almas inclinadas a la tierra y vacías de pensamientos celestiales,

O curvae in terras animae et caelestium inanes!

y concluye que lo único que debemos ofrecer a Dios es un alma justa y equitativa, santos retiros de la mente y un corazón sazonado en lo generoso y en lo honesto.

*Compositum jus fasque animo, sanctosque recessus
Mentis, et incoctum generoso pectus honesto.*

He aquí la ofrenda que el hombre ha de hacer a la Divinidad.

* * *

En la sátira 3ª se presenta un ayo en la recámara de un mozo que duerme aún cuando ya está bastante entrado el día, pues el sol ha penetrado por las ventanas y extendido con su luz las angostas rendijas —*jam clarum mane fenestras intrat, et angustas extendit lumine rimas*— y ya todos los hombres han empezado las faenas del trabajo. Tras las varias exhortaciones que le hace el ayo al muchacho hablándole de los males que trae aparejada consigo la pereza, que no halla justificación ni en las comodidades que acarrea el haber nacido en cuna ilustre, ni en los dones de una cuantiosa fortuna, el mozo se avergüenza de haber estado aún roncando, dado al blando ocio de las sábanas del lecho, y escucha el consejo de vacar más bien a los sanos consejos de la filosofía, que son los que hacen sabio al hombre.

“Aprended, desventurados, a conocer las causas de las cosas. Qué somos y para qué fin hemos sido engendrados si hemos de vivir; qué orden se nos ha dado; qué derrotero hemos de seguir, de dondequiera partamos, para hacer suave el curso de la vida; qué moderación hemos de guardar en la riqueza; qué es lícito desear; cuán útil es el dinero difícil de ganar; qué debe darse a la patria y a los parientes queridos; qué mandó Dios que fueses tú y el puesto que debes ocupar en la sociedad humana”.

*Discite, o miseri, et causas cognoscite rerum:
Quid sumus, et quidnam victuri gignimur; ordo
Quis datus, aut metae quam mollis flexus et unde;
Quis modus argento; quid fas optare; quid asper
Utile nummus deceat; quem te deus esse
Jussit, et humana qua parte locatus es in re.*

Mas no sería raro que a estas sublimes enseñanzas respondiera cualquier centurión de barba o mostachos de macho cabrío, como precedente de esa progenie, que lo que sabe le basta para su bienestar y que no le importa un comino la filosofía, pues de todo eso se ríe el pueblo, y también la vigorosa juventud, frunciendo la nariz, tendría motivo para inflar los carrillos de risa.

*His populus ridet, multumque torosa juvenus
Ingeminat tremulos, naso crispante, cachinnos.*

A fe que esas cosas son propias de los mozos y de la ignara soldadesca en que estaría a sus anchas el centurión de la raza de los machos cabríos, mas no de un hombre sensato.

Para probar el autor que no es cuerdo rechazar los consejos de la sabiduría, trae a colación la fábula o cuento del enfermo que cayó en la huesa por no haber seguido las prescripciones de su médico. Es un diálogo entre un enfermo y el médico que fue llamado para que le curara y que, por lo saleroso e intencionado, voy a transcribir aquí.

—Observa. No sé yo qué mal hace que mi corazón palpita y que de mi garganta enferma se escape un pesado aliento. (Quien tal dice a su médico es puesto a dieta; pero cuando notó a la tercera noche que se había calmado el pulso de sus venas, en momentos de entrar al baño le rogó al dueño de una casa abastecida que le enviase una pequeña cuba de un vino de Sorrento). —¡Hola, mi querido amigo! Estás pálido. —No es nada. —Míralo, sin embargo, sea lo que sea, pues estás amarillo y se te hincha la piel sin sentirlo. —Pero tú estás mucho más pálido. No seas mi tutor. Hace tiempo sepulté a uno, y tú te mantienes en pie. —Pues bien, anda. Yo callaré. —Túrgido de viandas y con el vientre ya pálido, se baña; de su garganta se exhala un mal olor sulfuroso. Un temblor le sobrecoge en medio de las copas de vino; el cálido vaso, que hace por cuatro, se cae de sus manos; sus dientes crujientes se muestran y de sus flojos labios caen entonces los untuosos manjares. De aquí vienen la trompeta y las antorchas, y finalmente, aquel felicillo (*beatulus*) queda arreglado en un alto lecho, lavado con abundantes perfumes, sus pies rígidos se extienden hacia la puerta. Pero a él le han llevado, con la cabeza cubierta, los *Quirites* de ayer”.

*Inspice: nescio quid trepidat mihi pectus; et aegris
Faucibus exsuperat gravis halitus: inspice, sodes.
Qui dicit medico, jussus requiescere, postquam
Tertia compositas vidit nox currere venas,
De majore domo modice sitiante lagena,
Lenia loturo sibi Surrentina rogavit.
Heus, bone, tu palles! Nihil est. Videas tamen istud,
Quicquid id est; surgit tacite tibi lutea pellis.
At tu deterius palles! Ne sis mihi tutor;
Jampridem hunc sepeli: tu restas! Perge, tacebo.
Turgidus hic epulis, atque albo ventre lavatur,
Guttur sulphureas lente exhalante mephites.
Sed tremor inter vina subit, calidumque triental
Excutit e manibus, dentes crepuere relecti.
Uncta cadunt laxis tunc pulmentaria labris:
Hinc tuba, candelae. Tandemque beatulus alto
Compositus lecto, crassisque lutatus amomis,
In portam rigidos calces extendi: at illum
Hesterni, capite induto, subiere Quirites.*

Nisard vio la parte cómica de ese diálogo entre un médico y un enfermo; mas no acabó la exposición que hizo sobre él poniendo en su punto, como debió, el hondo sentido que entraña.

* * *

Otro es el fin de la sátira 4ª, en la que disfraza el poeta a Nerón bajo el nombre del gran ministro de Pericles, el hermoso Alcibiades, admirándose de que, como éste, se hubiese atrevido a gobernar el Estado sin el ingenio y la experiencia que para tamaño encargo se requerían.

“¡Y tú gobiernas el Estado!, le dice. ¿Apoyado en qué? ¡Dí, oh pupilo del gran Pericles! Posiblemente corrieron veloces, anticipándose a la barba, el ingenio y la experiencia para manejar con prudencia las cosas. Eres perito en lo que hay que hablar y callar.

Rem populi tractas!.....

.....

Quo fretus? dic, o magni pupille Pericli!

Scilicet, ingenium et rerum prodentia velox

Ante pilos veni. Dicenda tacendaque calles.

Aquel mozo imberbe, Nerón, lleno de vicios, que se pavoneaba por las calles de Roma ostentando solamente su rostro, más bien hermoso que agraciado, como dice Suetonio —*vultu pulchro magis quam venusto*— para afrentar, en medio de los mayores desórdenes y crímenes, a todo lo más santo y sagrado, se creía digno de gobernar a su pueblo por no conocerse a sí mismo. “¡Cómo nadie hay que intente descender a sí mismo! ¡Nadie!”, dice Persio.

Ut nemo in sese tentat descendere! Nemo!

Concluye la sátira aconsejándole al intruso tirano que se mantenga dentro de sí mismo para que pueda conocer cuán estrecho le viene al talle el traje con que se gallardea.

Tecum habita; et noris quam sit tibi curta supellex.

* * *

Bella es la sátira 5ª, dirigida por Persio a su amigo Cornuto, que le guió y le acompañó en los años mozos, que le inició en la filosofía estoica y con quien llevó vida común de trabajo, de descanso, compartiendo un pan sencillo en la misma mesa.

Unum opus, et requiem pariter disponimus ambo

Atque verecunda laxamus seria mensa.

Ningún amigo tan cariñoso con Persio como Cornuto, pues desde que se despojó aquél de la púrpura de la infancia para vestir la toga viril y pudo mirar impunemente todos los rincones de la Suburra, en esa edad peligrosa en que se le presentan a todo joven los senderos del vicio y los de la virtud a un mismo tiempo, le inició Cornuto en las lecciones de la filosofía socrática, con la cual sujetó al yugo de la

razón los malos instintos. De ahí que estuviera tan agradecido el poeta con su amigo y preceptor hasta poder afirmar que ambos, en el seno de la más pura amistad, parecían haber sido guiados por una misma estrella: *ab uno sidere duci*.

Y recordando a Horacio en la célebre primera oda del libro primero, dirigida a Mecenas, sobre los gustos de cada cual, dice que así como hay mil especies de hombres y no son uno mismo el uso y la apariencia de las cosas, pues cada uno tiene su querer y no se vive con un mismo deseo, así también cambia uno una rugosa pimienta y los granos de un pálido comino, bajo un sol nuevo, por italianas mercancías; otro, lleno de vino y de viandas, prefiere engordar durmiendo, éste se entrega al campo de Marte, este otro se consume en el álea; aquél se pudre por Venus, pero cuando, ya al borde del sepulcro, la endurecida gota le paraliza las piernas —tales las ramas secas de una vieja haya— entonces vienen el llorar la vida y los días llenos de vicios, a la luz cenagosa de la orgía.

*Mille hominum species, et rerum discolor usus:
Velle suum cuique est, nec voto vivitur uno.
Mercibus hic Italis mutat sub sole recenti
Rugosum piper, et pallentis grana cumini;
Hic satur irriguo mavult turgescere somno;
Hic campo indulget, hunc alea decoquit: ille
In Venerem est putris, sed quum lapidosa chiragra
Fregerit articulos, veteris ramalia fagi,
Tunc crassos transisse dies, lucemque palustrem,
Et sibi, jam seri, vitam ingemuere relictam.*

No era esa ciertamente la vida que hacía Cornuto, sino la del estudio y la meditación, consagrado a las letras y a la filosofía, y así le decía Persio a su amigo: “Pero tú te gozas palideciendo en veladas nocturnas sobre los libros, pues entregado a la educación de la juventud haces germinar en sus depurados oídos el fruto de Cleanto”.

*At te nocturnis juvat impallescere chartis:
Cultor enim juvenum, purgatas inseris aures
Fruge Cleanthea.*

De Cleanto se cuenta, según el autor de las notas a Persio, que era tan pobre que a fin de subvenir a sus necesidades, ocupado como se hallaba en frecuentar las escuelas de los filósofos, pasaba las noches sacando agua para los jardines, o amasando pan, y aun cuando era tardo de espíritu y concebía difícilmente, la aplicación suplía en él lo que por naturaleza le faltaba; y como careciese de tabletas grababa en huesos las lecciones de sus maestros. Después de su muerte le fue erigida una estatua, en virtud de un decreto del senado romano, en la villa de Assos, su patria.

Recordando, pues, Persio la fructuosa enseñanza de Cornuto, en carece seguidamente la necesidad de buscar un fin noble para el espíritu, el cual no habrá de buscar la libertad en las cosas que sólo apeetece el vulgo ignorante, sino en el dominio de sí mismo y de las pa-

siones, que es la única y verdadera libertad porque todo lo otro es servidumbre. El querer vivir como a uno le venga en gana, no es libertad sino tiranía, según los principios de la filosofía estoica, por lo cual hay que rechazar tamaña idea: "*Licet ut volo vivere*", *tolle*. Que tal pensamiento se opone a la razón, y así ésta murmura secretamente al oído que no es lícito autorizar lo que alguien ha de viciar cuando obra. Como que el derecho público de los hombres y el derecho natural prescriben que están prohibidos los actos que admite la débil ignorancia.

*Stat contra ratio, et secretam garrít in aurem,
Ne liceat facere id, quod quis vitiabit agendo.
Publica lex hominum, naturaque continet hoc fas,
Ut teneat vetitos inscitia debilis actus.*

La pura luz de la razón natural esclarecía la mente de los autores paganos para que pudiesen pensar tan sabiamente. Pero leyendo esto, y teniendo en cuenta que vivió Persio en tiempos de Nerón y ya bajo el imperio del cristianismo, casi me atrevo a sostener que la luz de la verdadera sabiduría, que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, alcanzó a purificar los pensamientos del poeta cuya vida fue tan honesta y virtuosa, según cuentan sus biógrafos.

Y, sin embargo, se atrevió a decir Nisard que "Persio compuso sátiras sin tener imaginación, ni siquiera un fondo suficiente de ideas adquiridas: estaba dotado de cierto talento para el estilo, sabía combinar las palabras con bastante armonía, pero le faltaban las cosas. No hay sino dos modos de tener ideas: precisa, o tenerlas de la naturaleza, o haberlas adquirido por experiencia. De unas y de otras estaba desposeído Persio; la naturaleza no le había hecho poeta, y la muerte no le dejó ni le dio tiempo para adquirir la experiencia. Se parece a todos los hombres de algún talento que comienzan a escribir. Tienen una idea confusa de las bellezas del estilo, conocen suficientemente su mecanismo; pero como carecen de ideas, se acaloran con las palabras y son bárbaros tanto como tienen talento"¹.

Que Persio careciese de ideas es aseveración que solamente se atrevió a hacer Nisard sin fundamento alguno, como puede comprobarlo quien lea detenidamente sus sátiras.

Continúa la sátira haciendo ver cómo la ignorancia y la soberbia nos alejan de la verdadera libertad, pues no andamos con rectitud en la vida, ni distinguimos la apariencia, de la verdad, ni somos moderados en nuestras aspiraciones, ni suaves con los amigos, nos dejamos llevar de la sórdida avaricia y siendo todos de la misma harina, al paso que llevamos la frente pulida, guardamos en el corazón corrompido la astucia de la zorra: "¡Libre yo! ¿De dónde derivas ese don, sujeto a tantas cosas?"

Liber ego! Unde datum hoc sumis, tot subdite rebus?

¹ Études des moeurs et de critique sur les Poètes latins de la décadence.

Y aquí viene un ejemplo.

“Duermes perezoso en la mañana. —¡Levántate!, dice la avaricia. ¡Vamos, levántate! — Rehusas y ella insiste: ¡Levántate!, dice. —No puedo. —¡Levántate! —¡Eh! ¿Qué haré? —¡Me lo preguntas! ¡Anda a buscar en el Ponto peces delicados, castoreo, cáñamo, ébano, incienso, vinos laxantes de Cos; arrebatá, antes que otro, la pimienta de la espalda de un camello sediento, cambia algo, ¡jura! —Pero Júpiter me oirá. —¡Ay de ti, majadero! Debes resolverte contento a escarbar con el dedo tu salero gustado toda la vida, si pretendes vivir con Júpiter.

“Ya, haldas en cinta, pones sobre tus criados la piel y la bota de vino, presto para subir a la nave. Nada te impide que en espacioso bajel surques el Egeo, si no es la astuta Voluptuosidad que, haciéndote a un lado, te aconseja: —¿A dónde vas, insensato? ¿A dónde? ¿Qué quieres para ti? Bajo tu pecho caliente se agita una bilis soberbia que no extinguiría una urna de fría cicuta. ¿Y acaso piensas tú pasar el mar? ¿Que sea tu cena en el banco de los remeros, sentado en cables de cáñamo retorcido, bebiendo un vino claro de la tierra de Veyes que exhalará un mefítico hedor de pez desde el fondo del ancho vaso? ¿Qué pides? ¿Que el dinero que modestamente tenías produciendo el cinco por ciento se convierta, a fuerza de sudar, en una ganancia del ciento por ciento? Entrégate a tu buen genio; goza las dulzuras de la vida; tu vivir es nuestro, pues pronto no serás sino una ceniza, una sombra, un cuento. Vive recordando la muerte, que las horas pasan y esto que digo ya es ido.

“Ahora bien, ¿qué haces? Atraído estás por dos anzuelos en dirección contraria. ¿Sigues a éste o aquél? Es necesario someterse alternativamente al uno o al otro señor, o que vayas errante del uno al otro. Cuando hubieres resistido una vez y te negares por el momento a obedecer su imperio, no digas que ya has roto las cadenas. Pues el perro que forcejea rompe el nudo; pero cuando huye arrastra por el cuello una larga parte de la cadena”.

*Mane piger stertis. Surge, inquit Avaritia. Eial
Surge. Negas. Instat: Surge, inquit. Non queo. Surge.
En, quid agam. Rogitas! saperdas advehe Ponto,
Castoreum, stupas, ebum, thus, lubrica Cos
Tolle recens primus pipere sitiente camelo,
Verte aliquid, jura. Sed Jupiter audiet. Eheut
Baro, regustatum digito terebrare salinum
Contentus perages, si vivere cum Jove tendis.*

*Jam pueris pellem succintus et oenophorum aptas,
Ocius ad navem. Nil obstat quin trabe vasta
Aegeum rapias, nisi solers Luxuria ante
Seductum moneat: Quo deinde, insane, ruis? quo?
Quid tibi vis? calido sub pectore mascula bilis
Intumuit, quam non extinxerit urna cicutæ.
Tun' mare transilias? Tibi torta cannabe fulto,
Coena sit in transtro, Vejentanumque rubellum
Exhalet vapida laesum pice sessilis obba?*

Quid petis? ut nummi quos hic quincunce modesto
 Nutrieras, peragant avidos sudare deunces?
 Indulge Genio; carpamus dulcia; nostrum est
 Quod vivis: cinis et manes et fabula fies.
 Vive memor leti: fugit hora: hoc quod loquor, inde est.
 En, quid agis? Duplici in diversum scinderis hamo:
 Hunccine, an hunc sequeris? Subeas alternus oportet
 Ancipiti obsequio dominos, alternus oberres.
 Nec tu, quum obstiteris semel, instantique negaris
 Parere imperio, rupi jam vincula dicas.
 Nam luctata canis nodum abripit: attamen illi,
 Quum fugit, a collo trahitur pars longa catenae.

Este diálogo entre la Avaricia y la Lujuria está lleno de malicia, de sal, y brilla, entre todos, por sus altos pensamientos.

Termina la sátira diciendo que tampoco es libre el candidato a los puestos del Estado, pues, para conseguirlos, adula al pueblo con juegos florales y otras larguezas que le inspira la inmoderada ambición.

* * *

En la sátira 6ª, que es la última, le pregunta Persio a su amigo, el poeta Cesio Baso, de quien dijo Quintiliano que, después de Horacio, era el único entre los líricos que merecía ser leído, si ya las brumas invernales le habían permitido retirarse a sus lares de la Sabina, si ya la lira y sus cuerdas habían despertado acentos alegres en su triste corazón, como maravilloso artífice en versos sobre los orígenes de las cosas antiguas, que supo hacer resonar con viril estrépito las flautas latinas, y agitar los juegos juveniles, y, con un plectro severo, las nobles ocupaciones de los viejos. "A mí ahora —le dice— me brinda la playa de la Liguria su suave calor, me da tranquilidad mi mar en un lugar en que forman los escollos un vasto seno y en que la costa abriga numerosos valles. Hay que conocer el puerto de Luna, ciudadanos, lo ordenaba de corazón Ennio..."

Admovit jam bruma foco, te Basse, sabino?
 Jamne lyra et tetrico vivunt tibi pectine chordae,
 Mire opifex numeris veterum primordia rerum,
 Atque marem strepitum fidis intendisse Latinae,
 Mox juvenes agitare jocos, et pollice honesto
 Egregios lusisse senes? Mihi nunc Ligus ora
 Intepet, hybernatque meum mare, qua latus ingens
 Dant scopuli, et multa litus se valle receptat.
 Lunaï portum est operae cognoscere, cives:
 Cor jubet hoc Enni.

Desde aquel paradisíaco retiro del puerto de Luna escribía Persio esa sátira, dedicada a Cesio Baso, contra los avaros.

Esta sátira que encierra la carta a Cesio Baso va enderezada contra el vicio de la avaricia y el ansia de guardar o atesorar dineros que

un heredero gozará después a sus anchas cuando quien los condesó yace convertido en un esqueleto en la tumba. ¿A qué guardar caudales si el día de la muerte de su dueño habrá de montar en cólera el heredero porque la ceremonia del funeral se ha hecho a expensas de aquéllos, disminuyendo así los bienes que ya quiere empezar a poseer, y a gozar y a dilapidar? El *silicernium* o festín funeral será más motivo de duelo para el heredero que la muerte de su pariente más allegado.

Pero no había para qué perder la calma por cosas que vendrían después de la muerte. Unos ahorran y otros arrojan a todas partes el dinero. Los gastos y el despilfarro del dinero se sucedían en aquellos días en todos los órdenes de la vida ciudadana.

“César —dice Persio— nos ha enviado un laurel por la insigne desgracia de la juventud romana; se sacude la ceniza fría en los altares, y se colocan trofeos en las puertas, ya dispone Cesonia —la mujer del ridículo emperador Calígula— las clámides de los reyes, los paños enlodados para los cautivos, los carros, los ingentes habitantes del Rin. Para los dioses y para el Genio del príncipe, llevo a la arena cien pares de gladiadores por las cosas tan admirablemente ejecutadas. ¿Quién lo prohíbe? ¡Atrévete! ¡Ay de ti, si no te haces el de la vista gorda!”

..... *Missa est a Caesare laurus
Insignem ob cladem Germanae pubis; et aris
Frigidus excutitur cinis; ac jam postibus arma,
Jam chlamydes regum, jam lutea gausapa captis,
Essedaque, ingentesque locat Caesonia Ehenos.
Dis igitur, Genioque ducis, centum paria, ob res
Egregie gestas, induco. Quis vetat? aude.
Vae! nisi connives.*

Y sigue hablando Persio irónicamente con el heredero ambicioso, a quien finalmente le dice: “Vende tu alma al lucro, merca y explora ingenioso todos los rincones del mundo; y que no haya otro, más hábil que tú, para aplaudir a los gordos Capadocios expuestos por su vendedor en el rígido tablado. Duplica tu ganancia”.

*Vende animam lucro, mercare, atque excute solers
Omne latus mundi; nec sit praestantior alter
Cappadocas rigida pingues plausisse catasta.
Rem duplica.*

He aquí a este escritor revesado casi siempre, pero no sin imaginación ni falta de ideas, pues precisamente campean en él una y otras, y éstas muy altas y muy nobles. Como que en una época pervertida y dominada por césares tan corrompidos y ridículos al estilo de Nerón y Calígula, supo volver por los fueros de la moral, bien que se le hubiesen escapado algunas palabras que no consuegran con el tono general de sus sátiras.

“El carácter más evidente que aparece ante una lectura aun parcial de Persio —dice Guido Vitali— es el sello estrictamente doctrinario de sus composiciones. En cada una de ellas nos hallamos frente

a un dogma de la filosofía estoica escogido para tratar doctrinalmente, con la intención de demostrar su verdad. Ya sea que esto provenga del carácter propio del autor, o del disgusto suscitado en él por la disolución de todo valor moral que aparecía con desenfreno en la Roma neroniana, o por la influencia ejercida en él por Cornuto y el mundo de estoicos puros que lo rodeaba, o, como es bien probable, por todas estas causas unidas, se nos muestra esencialmente rígido y ceñudo moralista, que no admite excepciones a las doctrinas propugnadas por él, que ignora toda indulgencia, que no ha vivido lo bastante para comprender las humanas debilidades y compadecerlas. Emanada de esto para sus composiciones un carácter de ejercicios escolásticos, en los cuales el brío y el espíritu inagitable de la sátira y de la epístola horaciana están amortiguados por el tono exclusivamente moralizador, bien que se inspire siempre el autor en el modelo horaciano, además del luciliano. Por esto trata él todo asunto suyo con la dureza ceñuda y fanática del neófito, que quiere mostrar que ha asimilado plenamente las enseñanzas recibidas; siempre, a la verdad, con gran exceso de celo. Los motivos desarrollados son absolutamente comunes todos, todos los conceptos de orden general y teórico, y limitados a pocos aspectos de la Vida, como debía suceder en un joven que conocía poco la vida y poco o nada había estudiado en la infinita variedad de sus formas. Escasez si no falta de sentido artístico, es otro carácter de Persio; le falta todo cultivo de la expresión, tal que, mientras por un lado la enseñanza moral es de una gravedad pedantesca, por el otro son casi siempre pesados la ironía y el sarcasmo, cuando no triviales. Rico a veces y pleno de movimiento es el diálogo que continuamente introduce él en sus sátiras, ora hable él mismo con imaginarios interlocutores, ora los haga hablar por sí mismos. Lo cual da una animación notable a las cosas dichas y a las teorías morales, aunque contribuyendo demasiado a aumentar la oscuridad, en veces muy difícilmente penetrable, de su discurso. El cual es casi siempre abstruso a fuerza de querer ser conciso y denso, y resulta de difícil lectura, especialmente por los improvisos y bruscos pasajes de una idea a otra”¹.

No holgará agregar que imitó y aun copió a Horacio en muchos de sus versos, dejando una obra que, si no es más perenne que el bronce, como la del venusino, lleva la marca de un escritor fuerte y agudo que pudo llegar a gran altura si la muerte no se lo hubiese llevado cuando apenas le había brotado la barba.

JULIÁN MOTTA SALAS

¹ *Gli scrittori di Roma.*